

LA BATALLA

Frente a frente por vez primera los dos enemigos. Débil, sin armas, el sitiado. El otro erguido, arrogante, seguro de su victoria.

La batalla se inició cuando ya había caído la noche. La oscuridad era total. El invasor se encontró frente a un gran follaje que impedía llegar al sitio de entrada. Después de varios intentos fallidos y con heridas leves, localizó el gran portón cerrado a piedra y lodo. Cuatro golpes certeros, audaces, violentos, lograron destruir esta barrera. Corrió la sangre. Pero ya nada se interpuso en su camino. El enemigo no contaba con otros obstáculos para impedir su avance. En el interior comenzó el verdadero combate. Uno atacaba de frente, de costado. El otro trataba de huir movilizándose en toda direcciones, hacia delante y atrás, hacia la derecha o la izquierda. Este último, al no contar con armas, comprendió que su mejor defensa era agotar al enemigo, resistir el mayor tiempo posible. El invasor pronto se sintió débil, cansado. En varias ocasiones se replegó hasta la entrada, y después de descansar un instante, volvió a la carga con más ímpetu. Aumentó la velocidad y la fuerza de las embestidas. La fatiga hizo presa de él. Creyó no lograr llegar al fondo y ocupar toda la plaza. Varias veces creyó morir. Al fin, cuando logró su objetivo, descargó contra él toda su fuerza y la furia que traía encerrada. Con desesperación observó que no había logrado hacer el menos daño a su adversario. Supo en ese momento que era él el derrotado. Su rival se mantenía incólume, fresco, mostrando que era capaz de resistir ese y muchos otros ataques parecidos. Vencido, con la cabeza gacha, sin fuerza, se retiró deslizándose hacia fuera. El otro sonrió por su triunfo y lo retó a un nuevo

LA BATALLA

enfrentamiento inmediato. No obtuvo respuesta. Desde ese momento, y para siempre, sería el triunfador. Más correcto es decir la triunfadora.

Tomás Urtusástegui

1999